

R E L A T O

**INFIERNITOS
DE MI CUADERNO
DE CONDENADO**

Infiernitos de mi cuaderno de condenado

© Richard Jiménez

Infiernitos de mi cuaderno de condenado fue seleccionada mediante comité editorial, conformado por José Miguel Cabrera, Santiago Vizcaino y Guillermo Morán, e impreso con el apoyo de la Sede Nacional de la Casa de la Cultura Ecuatoriana Benjamín Carrión.

Edición y corrección

Guillermo Morán, Natalia Monard

Diseño y diagramación

Isaac Gómez

Diseño y fotografía de portada

Isaac I. Gómez Toaza

Librería Anticuario Renacer Cultural

Fotografía

Juan Sebastián Rodríguez

Primera edición

ISBN: 978-9942-7059-6-9

Impresión

Dirección de Publicaciones y Editorial CCE



Avs. 6 de Diciembre N16-160 y Patria
Telf.: 02 2 502 603
nucleo.pichincha@casadelacultura.gob.ec
www.ccepichincha.gob.ec



**INFIERNITOS
DE MI CUADERNO
DE CONDENADO**

Neal Moriarty

A quienes se fueron demasiado pronto:
mis abuelos José, Marta, Francisco y Lola;
y a mi padre Marcelo.
A quien aún me queda: mi madre Elizabeth.

Moneda de cambio

*Retirado en la paz de estos desiertos,
con pocos, pero doctos libros juntos,
vivo en conversación con los difuntos,
y escucho con mis ojos a los muertos.*

Francisco de Quevedo

De los dos, era Marcelo Tsé Tsé el que coleccionaba libros. En la mente de un coleccionista opera una diminuta criatura similar a un notario público, acomodado en una minúscula oficina; ordenado, cuidadoso al extremo y algo obsesivo. Este diminuto y singular ser puede conseguir que su anfitrión quiera coleccionar frenéticamente, desde la más tierna edad; sin embargo, esto no siempre ocurre así, pues la edad es lo de menos cuando una mente va capitulando ante una alienación de tales características.

La criatura sabe cuándo es el momento indicado para molestar al futuro coleccionista, casi siempre llamándolo por teléfono y hablando con una voz hipnótica: «Acumula estampillas, corcholatas, perros disecados, llaveros, adornos

de porcelana china, cuadros de Richard Dadd, balones de fútbol, automóviles, pinceles de pelo de marta, cámaras fotográficas, habanos, latas, discos de vinilo...» Nuestro Marcelo Tsé Tsé atendió esa llamada a los cincuenta años y decidió surtirse de libros, con una imperiosa necesidad de volver cómplice a su pareja.

«Invito a que se desista de formular cualquier juicio de valor. No juzgaremos a Marcelo Tsé Tsé ni a ningún otro, porque, a fin de cuentas, las personas son libres de coleccionar lo que les venga en gana; hasta cosas bizarras. Además, es una afición que da sentido a la vida; siempre tiene que haber un objeto que se busque, un objeto deseado y escurridizo, pues encontrar aquella pieza final significaría la muerte del individuo».

Tal afición hizo que Marcelo Tsé Tsé —varias veces con ayuda y complicidad de quien ya he dicho— emprendiera monumentales procesos de rastreo y adquisición, sobre todo de volúmenes fuera de lo común, envueltos por un aura especial, que tienen detrás de sí una historia interesante. Cabe acotar que un coleccionista se desvive por enseñar a los demás sus tesoros; a veces tienen mayor gusto en mostrar que en coleccionar.

«Quiero que imaginen algún artículo de su pertenencia, envuelto por un aura que lo diferencie de todo y que valga la pena ser mostrado. Conocí a alguien que poseyó una réplica de una famosa escultura del dios Mictlantecuhtli. Para los que no lo conocen, Mictlantecuhtli, Señor de Mictlán o Señor de la Tierra de los Muertos, en la mitología mexicana es el dios del inframundo».

Pese a que Marcelo Tsé Tsé mantuvo su pasatiempo dentro de lo que se podría considerar como normal, antes de que sucediera lo que luego relataré, empezó a ser molestado tempranamente, y con ahínco, por el notario dentro de su cabeza. Contribuyó a esa repentina alteración el aparecimiento de cuentas en Facebook e Instagram de usuarios dedicados a publicar, cada cierto tiempo, lotes de libros en venta —con frecuencia, rarezas—. La mecánica de esos nuevos negocios digitales se la podría considerar simple, pero funcional a sus fines. Tras la publicación de un anuncio, el interesado procedía a reservar el libro en la caja de comentarios, ganándolo el primero en hacerlo; vendedor y comprador cuadraban precio y lugar de entrega; fin de la historia. La mayoría de cuentas eran seguras, al parecer, salvo por contadas excepciones.

Usualmente, Marcelo Tsé Tsé se hacía con las primicias, aunque perdió títulos valiosos por segundos de distracción. Indignado, consideraba que los libros poseen un espíritu quisquilloso que los motiva a entregarse a quien ellos señalen como digno. Pero las cosas debían cambiar a su favor, no era justo que falsos coleccionistas le ganaran así de fácil. Según él, su biblioteca estaba detenida y no crecía acorde a sus deseos. Y, según el notario, no debía dejar que las cosas continuasen así, necesitaba tomar cartas en el asunto, decidirse por una acción contundente y efectiva.

Producto de lo anterior, su estado de ánimo fue alterándose, era cuestión de días para que se desbordara todo; y así sucedió, un surmenaje lo envió a la cama. Fue su cómplice la que se encargó de cuidarlo hasta su recuperación. Ventajosamente para él, ella tenía una personalidad sumisa, servicial y condescendiente, tratando siempre de complacerlo en todo; el influjo de Marcelo Tsé Tsé era determinante en su accionar.

Algo mejor de salud, consiguió una computadora portátil a través de su cuidadora. Mientras ella volvía, pues había salido a comprar un pastel para consentirlo, él tuvo tiempo

suficiente para aceptar una solicitud de amistad en Facebook y responder una publicación en donde lo habían etiquetado; el remitente era un nuevo internauta que ofertaba libros únicos.

Mientras terminaba de saborear el pastel, tanto él como el notario maquinaron un plan. La publicación tenía títulos muy interesantes, sobre todo uno en especial. Marcelo Tsé Tsé pensó que el internauta, quizás un librero especialista en rarezas, quería deshacerse de alguno de sus tesoros. Probablemente adolecía de uno de los males de los coleccionistas: no contar con espacio suficiente. Cerros de objetos; en una sala, en un recibidor, en cajas de cartón, debajo de una cama, en un garaje, en una bodega, sobre una estufa, incluso amordazados al interior de un baño. De seguro tenía que deshacerse de unos cuantos, desprenderse de sus queridos, heredarlos y que descansaran en otras buenas manos. Si se guarda tanto, las colecciones pueden volverse mera acumulación o piezas de un museo tras el fallecimiento del dueño.

Al diminuto notario le comenzaron a fastidiar unas hemorroides, una particularmente no le dejaba defecar. Se retorció en el asiento con un gracioso movimiento de cola. Estaba enojado y se desquitó con Marcelo Tsé Tsé, molestándolo a